

CONFERENCIA DE LA ESCUELA ARCANA 2020

NUEVA YORK
9 de mayo, de 2020, Sesión 2

Nota Clave:
Que las "Fuerzas de la Vida Creadora" circulen y que la Ley de Elevación controle.





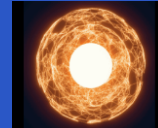
Conferencia de la Escuela Arcana de 2020
8 a 10 de mayo, Nueva York
Sábado 9 de mayo - Sesión 2



Bienvenidos

Christine Morgan

Traducción, no disponible en este momento



La Música y el Impulso Hacia La Vida Creadora

Eduardo Gramaglia

Quizás resulte demasiado fácil relacionar la música con una función recreativa que apele a la emoción y sentimiento humanos. Pero creo que podríamos postular que la música en verdad guarda un aspecto más profundo y significativo. A través de las edades, elevadas ideas han encontrado expresión en las diferentes ramas del quehacer y conocimiento humanos. Todos somos conscientes del progreso del conocimiento científico durante las últimas décadas, y bien puede desearse que la evolución del pensamiento humano, regido por la manifestación cíclica de ciertos rayos, eventualmente haga emerger otra edad dorada de las artes, quizás de una cualidad superior a cualquiera antes experimentada en la historia humana. Tanto la ciencia como las artes, así como cualquier rama del emprendimiento humano, puede convertirse en un vehículo de ideas divinas, vertidas por esos Grandes Seres cuyo propósito esencial consiste en la elevación de la humanidad, y la materialización de ese “Reino de Dios” vislumbrado por San Pablo, el cual es una realidad desde el alba de la civilización, pero que aún resta ser “precipitado” sobre la tierra. Tal realización impulsará esa fraternidad humana de la que tantos mitos – aún no comprendidos en sus significados más profundos – son silenciosos testigos.

A muchos de nosotros nos es cercana la música, y no pocas veces nos preguntamos si ésta sólo ha de ser valorada en términos de cuán profundamente conmueve las emociones. Sentimos que hay algo más allá, que el poder que tiene cierta música de evocar alegría interior reside más en el ámbito de las ideas, y en un cierto puente que ha de tejerse hacia planos más sutiles. ¿Por qué un científico de la talla de Albert Einstein admitió haber encontrado inspiración en la música de Mozart? The New York Times, en un artículo del 10 de agosto de 1999, lo denominó “el efecto Mozart”, declarando que “los individuos experimentan un mayor rendimiento en niveles espaciales y abstractos después de escuchar a Mozart”. El Nature International Weekly Journal of Science del 23 de octubre de 1993 ya se había planteado la posibilidad de que Mozart propiciara el desarrollo de la inteligencia humana. Esto sugiere que existe cierto tipo de música que transmite profundos niveles de significados, además de despertar sentimientos sutiles. En tal música, las ideas abstractas son el alma de una arquitectura formidable; es así cómo una sinfonía puede tornarse en algo no muy diferente de una gran catedral.

Para H. P. Blavatsky, autora de La Doctrina Secreta, la “Armonía de las Esferas” fue mucho más que una fantasía filosófica: ella consideró al sonido como el efecto producido por la vibración del éter. En su perspectiva, los impulsos que los diferentes planetas transmiten al éter pueden equipararse a los tonos producidos por las diferentes notas de un instrumento musical. Ella así insinuó una clave para la antigua ciencia de la Astrología, ya que “ciertos aspectos planetarios

pueden implicar perturbaciones en el éter de nuestro planeta, mientras que otros provocan quietud y armonía”. Ciertas modalidades de música nos excitan, otras exaltan las elevadas aspiraciones del alma, de la misma manera que ciertos colores nos estimulan, mientras que otros provocan un efecto calmante y reconfortante. “Hay una misteriosa alianza entre el color y el sonido” – postuló H. P. Blavatsky. Ella misma había sido una pianista dotada: entrenada por Moscheles, un gran virtuoso y compositor de su época, lo cual es indicio de que en algún momento había considerado la posibilidad de ganarse la vida como instrumentista. La ocultista, sin embargo, tuvo serias dudas acerca de la dirección que el arte de su tiempo estaba tomando, tal como demuestra uno de sus tantos escritos: “La civilización: la muerte del arte y la belleza”. Este artículo, publicado en la revista Lucifer, ciertamente indica que ella acordaba con Beethoven, cuando el gran compositor afirmó que “la música es una revelación superior a cualquier sabiduría o filosofía”. A la música, nos sugiere esta gran ocultista, eventualmente le tocará revelar que el designio inteligente que subyace al universo se organiza de acuerdo a ciertos principios matemáticos que se encuentran en íntima correspondencia con el ser humano. Y ello es así, porque el hombre es un microcosmos. La correspondencia entre el macrocosmos, el “hombre celestial” y el microcosmos, el “hombre terrestre”, ya había sido explicada por la filosofía hermética de los tiempos helenísticos y la Kabalah.

Todos estos son hermosos conceptos, pero podrían permanecer como una fantasía mística, a menos de que los usemos para ayudar a crear una nueva civilización sobre la tierra. El Camino Espiritual es un sendero de reconocimientos que conducen al cambio. exploremos qué rol tiene la música en este proceso.

Las palabras son sonidos; por consiguiente, tienen poder. Quizás algunos hayan notado que algunos autores muy perspicaces tienen esa capacidad de “despertar” al lector a un nuevo mundo de pensamiento y significado, mediante una cuidadosa selección de palabras. En una demostración del principio “la energía sigue al pensamiento”, dotan a ciertos términos de un significado más profundo del que cotidianamente se espera. Ciertas lenguas antiguas como el Sánscrito tienen este tremendo poder, y son capaces de evocar ámbitos de significados ni siquiera sospechados por los hablantes de cualquier idioma moderno. El esfuerzo en transmitir significaciones profundas mediante el uso de una lengua moderna es particularmente notable en los escritos del Maestro Tibetano.

Lo que nuestros cerebros decodifican como “música”, vehiculizada en la compleja onda sonora longitudinal que se propaga por el aire, es una maravillosa construcción intuitiva basada en una estructura septenaria de acordes, como el cosmos mismo. En Occidente, sus fundamentos fueron establecidos por la Escuela Pitagórica. Si, como sus biógrafos afirman, Pitágoras alguna vez visitó India, podemos imaginarnos de dónde provienen sus fuentes. El sistema musical – muy superficialmente descrito – es un séptuple grupo de fuerzas que son impulsadas cíclicamente a la actividad en una pieza de música, de manera similar a las fuerzas de rayos, las cuales entran selectivamente en operación a lo largo de la historia humana, o en el ciclo de vidas de un individuo. Cada una de esas siete fuerzas o “grados” de la escala son básicamente tríadas o acordes. Cuando se nos dice que “el alma es la nota dominante”, el Maestro Tibetano hace referencia al quinto de esos acordes que pueden formarse en la escala musical. Esta “nota dominante” guarda una cualidad “sintetizadora”, es – por así decirlo – la mediadora dentro del sistema, así como el alma media entre la Mónada y la personalidad. Es un concepto abstracto, pero no importa si la mente concreta no lo comprende. ¿No les ha sucedido alguna vez, que

ciertas palabras cuyo significado concreto no se entiende, causan sin embargo un particular estremecimiento interior, como si alguna idea intuitiva penetrara en el cerebro? Quizás ésta sea la prueba del poder del sonido, y el significado concomitante que éste evoca. La parábola bíblica tuvo esta función, así como el mito mismo. Muchos indicios de la Antigua Sabiduría restan ser decodificados por nosotros, de manera que – una vez comprendidos – puedan abrirse paso hacia nuestra vida cotidiana. Si encontramos a ciertas enseñanzas “demasiado abstractas”, quizás se deba a que no hemos hallado la manera de aplicarlas a nuestra vida diaria.

Una palabra particularmente poderosa es – creo – “imaginación”. ¿Cómo es que un compositor como Mozart fue capaz de percibir esas realidades, para luego traducirlas, “de-gradarlas” a música escrita? En mi viaje musical, supe descubrir que el sello distintivo de los grandes compositores fue una capacidad de reflexión penetrante, y no sólo la de evocar emociones sutiles. Se encontraban intensamente sintonizados con lo que intentaban transmitir. No pensaron en términos académicos (como hoy se estimula a hacer a los estudiantes de composición, dicho sea de paso) ni se comprometieron a obedecer reglas dogmáticas de composición. Ellos estaban creando nuevas reglas, abriendo nuevos senderos de exploración. Fueron capaces de enfocar su conciencia en altos niveles, y de mantenerla constante allí. De cierto modo, Mozart cultivó un interés en el mundo del significado, desarrollando medios de imprimirlos en su cerebro físico, de manera que guardaran fidelidad al impulso oculto. Tal constante – y a veces frustrante – esfuerzo de tratar de comprender, decodificar, esas percepciones, son un verdadero ejercicio de imaginación creativa. La imaginación divina – se nos dice – resulta ser la clave de la capacidad de percibir y manifestar esas realidades superiores. Es el corazón de lo que denominamos “vida creativa”.

De este modo, lo que el compositor recibe es una afluencia de luz, que asume la forma de música. Esta luz es “decodificada”, o traducida en música, al pasar por el delicado oído interno y cerebro de un compositor inspirado con un sensible mecanismo receptivo: la luz y el sonido no son sino dos fases de la gama de vibraciones, dos rangos diferentes. Hasta cierto punto, todos hemos experimentado esos “momentos eureka” (“eureka” significa “he descubierto” en griego antiguo). Las radiaciones cósmicas que se traducen como luz, son las resultantes de, o más bien son, el himno sinfónico que resulta del movimiento incesante de los átomos de vida de esos seres divinos que colman nuestro universo – afirmó G. de Purucker; una descripción mística de lo que Aristóteles denominó “la Armonía de las Esferas” en su – al menos en mi opinión – no demasiado exitoso intento de explicar a Pitágoras.

En verdad, todos nosotros en cierto punto hemos sentido que existe un tipo de belleza que no pertenece a esta tierra, que no puede ser descrita con palabras. Escuchamos una bella música, y un cambio extraordinario tiene lugar dentro nuestro, como si algo en nuestro interior resonara con esa música. Y nos damos cuenta de que es una percepción verdadera, incluso cuando no podamos explicarla. El concepto de “música de las esferas” se basa en el hecho de que el sonido compenetra todas las formas: el planeta tiene su propia nota o sonido, como así también lo tiene cada partícula de polvo. En cada ser humano, en cada grupo, resuena un acorde, que es parte de una Gran Sinfonía. Si fuésemos capaces de escuchar, nuestros propios cuerpos serían percibidos como una orquesta sinfónica que canta una composición magnífica e incomprensible. El crecimiento de una flor podría percibirse como una melodía que cambia de día en día. De alguna manera, todos hemos intuitido que somos sonido: sabemos que ciertos

tonos evocan una resonancia profunda dentro de nuestros “recintos” – si podemos así decirlo, mientras que otros no tienen sino un efecto insignificante, o inclusive desestabilizador. En nuestras meditaciones, ciertos Om resuenan como si fueran emitidos por una multitud, mientras que en otras ocasiones parecen no conmover un solo átomo de nuestro entorno. Cada vez que meditamos, hacemos vibrar una nota grupal. El alineamiento, considerado como “entrar en sintonía con la nota del alma”, guarda una cierta correspondencia con la afinación de un instrumento antes de un concierto, con el objetivo de que pueda producirse una armonía concertada. En un mecanismo “alineado” o “afinado”, puede afluir la inspiración, y la energía del alma puede inundar la esfera personal y barrer a través de todos los centros, se nos dijo. De hecho, en la antigua escuela pitagórica, el núcleo de la cuestión de la música y la armonía yacía justamente en el principio de resonancia, demostrado por dos cuerdas que vibran en simpatía. Si, tal como sostenían los pitagóricos, el hombre es un microcosmos, y el alma es armonía, es mediante una forma de resonancia y simpatía que el alineamiento puede tener lugar. Y esto es debido a que hay procesos en nuestras mentes que son análogos a los de la naturaleza. Si no podemos escuchar esa música universal, es debido a las limitaciones de nuestro mecanismo de recepción. Es interesante notar que esta afirmación, que pareciera provenir del Maestro Tibetano, en realidad se lee en “La vida de Pitágoras”, del neoplatónico Porfirio, escrita casi dos mil años atrás.

Así, uno podría preguntarse: “¿está todo músico o artista inspirado “alineado con su alma, el ser interno?”. Creo que es válida la pregunta. Tomemos el ejemplo de Richard Wagner. En las Cartas de los Mahatmas a Sinnet, él es llamado por los mismos Maestros, “un verdadero artista”. Sin duda Wagner ha sido la principal fuente de inspiración para los compositores del siglo 20: al final del siglo 19 sentó las bases para los ulteriores desarrollos que tendrían lugar el siglo siguiente. Sin embargo, resulta difícil conciliar la personalidad soberbia, auto centrada y megalomaniaca de Wagner, con el paradigmático artista que revolucionó el mundo del arte. Su infame artículo “El Judaísmo en la Música”, en el que señala a la raza judía como “la conciencia del mal de la civilización moderna” – eventualmente se haría camino hacia las manos de Hitler. Al mismo tiempo, fue capaz de crear las más elevadas armonías y sofisticadas técnicas musicales. Podemos acordar en que tales características raramente las vemos combinadas en una sola personalidad. Su técnica del “Leit-Motiv” tiene un alcance tan notable, que uno queda pensando qué clase de corrientes de pensamiento se encontraban en actividad en el tiempo en que Blavatsky y Wagner se hallaban consagrados a su trabajo. Cuando, en La Valquiria, la música retrata un encuentro amoroso, el sentido de dulce intimidad resulta profundamente conmovedor. Sin embargo, un escucha cuidadoso notaría que en el trasfondo la música presenta una ominosa melodía en contrapunto: ésta trae el eco de una antigua maldición, y anuncia que este amor está destinado a un final trágico. Al mismo tiempo, se escucha un contrapunto de alusiones al padre divino, al pasado de la raza, al linaje. Incluso los pensamientos de los protagonistas son revelados por la música, la cual funciona, así, como el plano mental, que brinda el otro lado de la historia. En Parsifal, el empleo específico de ciertas disonancias y modos musicales encarna la lucha entre las Fuerzas de la Luz, personificadas por la comunidad del Grial, y las fuerzas de la oscuridad, por el mago negro Klingsor. Quizás sea el sol natal de Wagner ascendiendo en Géminis conjunto a su regente esotérico, Venus, lo que explique tal énfasis en los opuestos polares, tanto en la música como en su vida personal. Por un lado, una personalidad discordante; por el otro, una inagotable inspiración y la capacidad para cambiar el rumbo del arte para siempre. De hecho, las observaciones

clarividentes de A. Besant y C. W. Leadbeater han descrito la irradiación de la música de Wagner como estructuras monumentales de proporciones y colores ultraterrenos. Wagner pudo alcanzar una verdadera función anímica, el arte creativo, para el que seguramente se requiere un alto grado de alineamiento. Enfocó su mente en el mundo de los significados, expresando con éxito esas ideas en lenguaje musical apropiado. Esto no es diferente al esfuerzo de un poeta o escritor que entrena su mecanismo, a través del cual debe fluir la inspiración, de manera que pueda tener lugar una bella exteriorización de las realidades percibidas. Ahora podemos tener una idea de por qué, en Psicología Esotérica, leemos que es justamente en lo que respecta a la disciplina donde fracasan muchos artistas. Hemos desarrollado un arraigado concepto del arte creativo como “intuitivo y emocional”. Todos acordamos que la intuición tiene un rol prominente en la creación artística, pero quizás el problema yace en la idea de que una atención excesiva en el entrenamiento mental pueda obstaculizar la labor artística. Un talento como el de Richard Wagner sólo pudo ser cultivado a lo largo de sucesivas existencias, mediante un esfuerzo intensamente enfocado a lo largo de una línea de esfuerzo. Así, la habilidad de sobresalir en un campo despierta ese supremo engreimiento que surge de saberse poseedor de una capacidad superior al ser humano corriente. Estudios psicológicos modernos afirman que los tipos de personalidades que tienden a un aislamiento social incluyen a individuos excepcionalmente dotados que saben poseer una cualidad o talento superior, y que eligen así apartarse del resto. La Psicología quizás algún día los reconozca como seres humanos que demuestran posibilidades que cualquier otro puede desarrollar mediante un esfuerzo dirigido.

Cuando Pablo Picasso afirmó: “Que la inspiración te encuentre trabajando”, él intentó acentuar la importancia del entrenamiento y la disciplina, que son los instrumentos de la inspiración y la fuerza del alma. El pianista Byron Janis tuvo una vislumbre de este problema cuando afirmó que “sólo mediante el dar puede la música evocar los misterios de otros mundos. Llamadle ‘inspiración’ o ‘atrapar el esquivo presente’, pero eso es la música. Ésta trasciende tanto al piano como al pianista”. Tarde o temprano, esos raptos de genialidad deberán ceder su lugar a una expresión más permanente del alma en alguna actividad creativa, así revelando el mundo del significado.

A lo largo de la historia, muchos pensadores pioneros contribuyeron al crecimiento de la civilización humana. Pero la creatividad que estos demostraron no pocas veces ha revestido de una cualidad disruptiva, y esto se debió a que antiguos patrones debían ser destruidos. Mientras que algunos grandes compositores construyeron su trabajo basándose en una tradición existente, otros, como Beethoven, llegaron para destruir las viejas formas, así inaugurando nuevos senderos. “La visión egocéntrica ya no es sostenible”, dijo Roberto Sierra en un artículo de un periódico de la ciudad de Buenos Aires. Él intenta allí probar que la música como disciplina no es diferente de la empresa moderna. Posicionarse en el centro, disponiendo a los clientes y consumidores alrededor para agotar sus recursos, así ganando tanto dinero como sea posible, ya no es una postura sostenible. Es parte de un anticuado “ego-sistema” en el que cada componente es transformado en un adversario que hay que aniquilar. Es un modelo depredador, y un paradigma agotado. Para poder inaugurar un verdadero “eco-sistema” es necesario saber destruir viejos cánones, tal como lo hicieron aquellos grandes compositores en su tiempo. Cuando Joseph Haydn rompe la simetría y regularidad, jugando con el factor sorpresa, con los silencios, la demora y un sentido de plenitud final, él está siendo

disruptivo, de la misma manera en que una planta debe romper el suelo para crecer y desarrollarse. Hay así, una cualidad disruptiva en la creatividad, y de algún modo, los grandes artistas – si me permiten la analogía bíblica – vinieron con la espada. Los nuevos paradigmas rara vez son admitidos de inmediato. Beethoven, aún en sus momentos de mayor rechazo y sordera – su música fue considerada demasiado disruptiva en su tiempo – se mantuvo enfocado en su trabajo. La carencia de capacidad auditiva no obstaculizó su labor, porque su mente se encontraba enfocada en el mundo del significado. “Quiere destruir todo lo que le enseño”, dijo Haydn de su discípulo. Cuando Haydn escuchó su tercera sinfonía, él admitió que la música había cambiado para siempre. Beethoven luego optó por un acercamiento más tradicional para su 5ta sinfonía, aunque la dotó de un increíble formato “fractal”. Desde el comienzo, el escucha nota un simple motivo, que se desarrollará con exuberancia durante todo el primer movimiento, como la semilla da lugar a un tronco, hojas, ramas y flores. Se percibe tanto la simetría como su abandono, todo rebosante de significado. El equilibrio entre sus elementos internos hace de las grandes obras artísticas una demostración del axioma oculto “unidad en la diversidad”: la arquitectura emergente es así no muy diferente de la más bella catedral.

No pocos compositores del siglo 20, un siglo que en sí encarnó la disrupción histórica de viejos modelos, se esforzaron por construir su música sobre principios esotéricos y la relación entre el color y el sonido. Uno de ellos fue el compositor ruso Alexander Scriabin. En su concepción de la música, el sonido compenetra todas las formas, y cada átomo del planeta tiene su propio sonido y color inherentes. Scriabin tuvo un gran impacto sobre el mundo musical en su época, y ejerció influencia sobre compositores de la talla de Igor Stravinsky y Sergei Prokovieff. “Sus contrapartes más cercanas” – escribe Faubion Bowers – se encuentran en la poesía, con William Blake, o en pintura, con Nicolás Roerich. La creencia de Scriabin en la misión mística del arte, inspirada por Wagner, fue de hecho reforzada por su familiaridad con las enseñanzas de Blavatsky. En “Prometeo, el Poema del Fuego”, él relaciona tonalidades con colores. Dane Rudhyar, astrólogo y compositor, escribió que Scriabin fue “el gran pionero de la nueva música de la civilización renacida de Occidente, el padre de la música del futuro”.

Serra, en su artículo, insiste en que este “modelo holístico” que anticiparon estos grandes compositores debe ser aplicado a nuestra vida moderna, ya que predica la interconexión de todas sus partes. En otras palabras, lo que hacemos, alcanza a todos. La misma ciencia está demostrando que todo es una red. El meteorólogo y matemático Edward Lorenz se refirió a ello en términos poéticos, como “el efecto mariposa”: el aleteo de una mariposa en la selva amazónica puede determinar los detalles de un tornado en Texas. De hecho, lo que todos hemos experimentado durante esta pandemia quizás nos haya demostrado que todo está interconectado, de una manera no diferente al sistema musical, en el que ningún elemento puede ser definido excepto mediante su relación con el resto de los elementos. Las reglas del grupo no son diferentes de las reglas de la música. Podría inclusive arriesgarse que tales reglas responden a lo que en el futuro se conocerá como las verdaderas ciencias de la Astrología y Psicología, que eventualmente asumirán su lugar debido como “alma animadora” de sus contrapartes “personales”, la Astronomía y Fisiología, tal como Ralston Skinner intuitivamente sugiere en “The Source of Measures”.

Sería entonces un error pensar que solamente quienes son capaces de raptos aislados de genialidad pueden realizar un verdadero trabajo creativo, esos que constituyen esa rara

eflorescencia de la creatividad humana. Se nos dice que no ha llegado aún el tiempo para que el Cuarto Señor de la expresión creativa reasuma su actividad en la tierra. Hay, según parece, un significado más profundo en las palabras “imaginación creadora”, que no hace mera referencia a la maravillosa labor de los artistas en el mundo. La creación de un nuevo orden mundial es esencialmente un trabajo de grupo. El punto de partida parece ser nuestra disposición a emprender un entrenamiento en visualización, como primer paso hacia el direccionamiento de la energía: el poder de visualizar es el aspecto constructor de la forma. El verdadero proceso creativo parece involucrar la precipitación de ideas intuitivas desde los niveles búdicos, y su revestimiento en sustancia con el objeto de que finalmente adquieran forma física. Es en esencia un proceso científico que involucra un trabajo consciente sobre la materia. Esto puede sonar a magia al estilo Harry Potter, pero no es así en realidad. La creatividad es, después de todo, un estado mental que conlleva la capacidad de ser magnético y así cambiar la vibración circundante. Es el resultado de un estado del ser.

Apenas podemos vislumbrar las futuras posibilidades de la música, aunque el mito, creo, puede insinuarnos algunas pistas. Orfeo fue el músico, poeta y profeta legendario, lo que, en Grecia, no eran cosas diferentes. Él es el arquetipo del músico inspirado, capaz de encantar con su música a seres tanto animados como inanimados. De algún modo, él representa los Misterios de la Iniciación. Se le atribuyen muchos dones, incluso algunos ya asignados a otros dioses: la medicina, la escritura, la adivinación, la magia y la astrología, todas ellas cualidades que no se encontraban separadas de su música. Durante el viaje de los Argonautas, ahogó el hechizo del canto de las sirenas, el llamado del espejismo. Introdujo orden y civilización, y su intento de rescatar a su amada Eurídice del inframundo mediante el hechizo de su música casi tuvo éxito, excepto por esa inevitable tendencia de la naturaleza inferior de tornar la mirada hacia el pasado, lo que queda atrás en el camino. Eventualmente sería despedazado por las ménades, analogía del espíritu, el lado masculino, hecho múltiple por la madre naturaleza, el principio femenino. Sus muchos dones pueden brindarnos una vislumbre de todas las cualidades mágicas atribuidas a la música por aquellos anónimos creadores de relatos tradicionales. En ellos, se dota a la música de tremendos poderes, inclusive aquellos asociados con los misterios iniciáticos. No nos debería entonces sorprender la predicción de que la música, en una futura dispensación, revelará magníficos poderes, uno de los cuales consiste en curar al enfermo, o – aún más extraordinario – facilitar el proceso de la muerte. La conexión de Orfeo con el Inframundo contribuye a atestiguarlo. El sonido así asiste en la liberación del apego a la forma y puede proporcionar el entorno apropiado para que la Gran Liberación tenga lugar de manera natural. Jámblico, en su “Vida de Pitágoras”, nos cuenta que en la Escuela Pitagórica la música era empleada en lugar de las medicinas. Ciertas melodías se usaban de antídoto para la ira y la rabia, e inclusive se afirma que poseían ciertos tonos para purificar los deseos. En el equinoccio vernal se empleaba cierta melodía con propósitos curativos: una persona ejecutaba la lira rodeada por un círculo de cantantes experimentados que podían emitir ciertas notas específicas. Como vemos ya en esta antigua tradición (que suena muy semejante a la descripción del Maestro Tibetano sobre el futuro empleo de la música), ello involucrará un grupo de trabajadores entrenados, y no únicamente un genio aislado de la música, sin importar cuan grandes fueran sus habilidades de percepción. En el mito, un personaje individual como Orfeo nunca representa un solo individuo, sino permanece como una promesa para toda la humanidad. Todos estos maravillosos relatos antiguos nos invitan más bien a repensar el significado y función del sonido. En un mundo en el que el

silencio parece ser la excepción, podría resultar difícil entender la función creativa del sonido y la palabra, cuyo poder fue asumido con naturalidad por la poesía y lengua griega y sánscrita. Cada día nos vemos rodeados por millones de palabras pronunciadas sin sentido, y si se dice que la telepatía será el futuro medio de comunicación, entonces la función real de la palabra es crear, sanar y crear un nuevo entorno de vibraciones, un nuevo orden mundial, a través del servicio grupal. El silencio así acaba siendo la clave del problema de la recepción: otra cosa que nos ha enseñado esta pandemia, es que nos encontramos fuera de sintonía con la naturaleza, “desafinados”, quizás porque somos – entre otras cosas - ruidosos. La sensibilidad no es algo en lo que debamos entrenarnos: todos las mujeres y hombres son sensibles por naturaleza. Simplemente debemos silenciarnos, para eventualmente descubrir que nos encontramos rodeados de miles de voces de una sinfonía universal. El arte de la atención es así similar al arte del olvido de sí mismo. Éste es – al menos un aspecto – de esa cualidad más significativa y profunda de la música que nos propusimos explorar.

Así, lo que se ha llamado “música de las esferas” asume una proporción y significado renovados. Y en lo que al mito concierne, recordemos que, en más de una cosmología, el mundo fue traído a la manifestación mediante la emisión de una palabra. Sólo podemos imaginar qué maravillosa capacidad podría desarrollar un grupo de trabajadores entrenados para traer ese mundo del significado a nuestro mundo cotidiano. Imaginemos: un grupo capaz de emitir esos sonidos que creen las vibraciones y formas que expresen las verdades percibidas, mediante una estable focalización de la conciencia en el mundo del significado. La belleza resultante de este uso colectivo de la imaginación creadora sería algo de lo que estas grandes obras maestras de la música y el arte no son sino promesas de cosas venideras, vuelos de genialidad de artistas individualmente dotados que anticiparon las posibilidades futuras del género humano.

Ahora, permitidme finalmente invitaros a escuchar cualquier música desde la perspectiva de las ideas, realizar un ejercicio en escuchar desde el asiento del Observador. Evoquemos juntos ese “sentido esotérico” que resulta de una actitud de observación desapegada. Al escuchar una pieza, tratemos de descubrir el mundo de significados que subyace a cada nota, cada acorde. Quizás convenga comenzar por algo simple, como sólo advirtiéndolo cuándo una melodía que ya fue escuchada antes, reaparece. Tratemos de descubrir cómo se desenvuelve, cómo diferentes momentos entran en juego, cómo sobrellevan transformaciones, y la música inunda todo el ser. Cualquier sinfonía tiene la estructura de una catedral: tratemos de descubrir sus pasajes ocultos, su altura, los misterios que susurra, ese mundo que está tratando de revelar.

Al final, el arte parece permanecer como un constante recordatorio de nuestro compromiso para crear vibraciones de belleza aquí y ahora, en este plano del diario vivir. Platón no se equivocó después de todo: debemos aprender a enfocar nuestras mentes en esas ideas o formas arquetípicas que asistirán en la construcción de una nueva civilización. En su 7ma. Epístola, el filósofo dejó claro que ciertos asuntos no admiten de expresión verbal alguna: sólo pueden ser producidos en el alma a través de una comunión grupal, que él llamó συζήν en griego. Ello se efectúa “como la luz es encendida por una chispa que salta” – escribió. Bellas palabras, escritas más de 2000 años atrás, en un tiempo cuando la meditación ya había sido practicada por milenios en el valle del Indo. En verdad, “Dios nunca ha carecido de testigos”. A través de las palabras de quienes alcanzaron la otra orilla se vislumbra la idea de un Propósito, un Plan. Por ello, cuando se trata de cómo podemos cooperar con los grandes Seres que

conocen el Plan, entendemos que debemos estar integrados en un cuerpo integrado, un instrumento musical que pueda resonar con ese Propósito. En una multitud de gente, cada uno con sus pensamientos y deseos separados, esto se vuelve difícil. Esto es disonancia. Integración significa la creación de una armonía perfecta, y ello conlleva la emisión de ciertas notas distintivas, no azarosas.

Entonces, ¿Cuál es la verdadera nota de cada uno de nosotros? – podemos preguntarnos. Bien, creo que tiene que ver con hacer sonar la nota de nuestra verdadera individualidad que contribuye a la armonía grupal, esa nota que representa nuestra singular belleza. Y en este punto, la belleza se asemeja a la verdad, ya que cuando hacemos un esfuerzo personal por ser singulares, es el actor que trata de comportarse singularmente para impresionar a los demás. Cuando todo ello desaparece, sólo queda esa naturaleza, que es esa luz, ese rayo individual, la roca firme de nuestro ser, nuestra nota distintiva dentro de la armonía universal. Que es más fácil decirlo que hacerlo... todos lo sabemos. Pero el poder de traer esos tonos de las esferas universales, y ese Reino de Dios, a la manifestación concreta, no parece depender de individuos talentosos aislados, sino de un trabajo grupal planetario. Llegará el momento, se nos dijo, en el que el sonido pueda ser utilizado científicamente para ese propósito. Podemos entonces imaginar qué tipo elevado de servicio mundial puede llevar a cabo un grupo entrenado en la meditación. La actividad de Triángulos es un formidable ejemplo de esta posibilidad.

MÚSICA:

Escuchemos ahora algo de música, comenzando por J. S. Bach. Notaremos la combinación simultánea de varias melodías, y la sensación de un movimiento incesante, propia de la música del período Barroco. Creo que esta música representa una descripción de esos ciclos universales, y la infinita vibración de la manifestación. Escucharemos el comienzo de su Suite Inglesa N° 2, y el final de su Partita 2 en do menor. Luego, continuaremos con Mozart, del período llamado “Clásico” del siglo 18. Una pieza más extensa sería una mejor demostración de la magnífica mente de este compositor, pero dado el tiempo con el que contamos, escucharemos una pequeña y deliciosa pieza que es parte de una obra más extensa: el Rondó alla turca de la sonata K331 en la mayor. En esta forma musical se puede percibir un tema siempre recurrente. A continuación, una breve pieza del romántico siglo 19, un momento en que la música comenzó a romper viejas reglas. El Liebestraum o “Sueño de Amor” de Franz Liszt.

Finalmente, permítanme dejarlos con una pequeña improvisación sobre el tono de Mi bemol mayor, la nota-clave del signo de Tauro, para que cerremos los ojos y nos conectemos con esa energía. Quizás hasta cierto punto, simbólicamente, ya que – como bien se ha dicho – no poseemos las verdaderas claves aún para el trabajo con el sonido.

